

publicarlo íntegro. Sobra quizá decir que las "peticiones" son una forma de capitalizar la influencia de la que aun goza Las Casas en la corte, en pro de su proyecto reformista. Aunque no fueran ambiciosas, estas demandas son —en el fondo— las de un fraile orgulloso, con una compleja personalidad política. Al mismo tiempo que defiende sus prerrogativas de fuero religioso, el obispo quiere ejercer influencia en asuntos que tienen muy poco de espirituales. (No en vano lo reivindican hoy como héroe —entre otros— los teólogos de la liberación y los "obispos rojos". Y su actividad cortesana inspira no sólo autoridad moral, sino también respeto por su capacidad de negociación en las altas esferas del gobierno monárquico.

Para los lectores interesados no dejará de haber cierta redundancia —lujosa— en la edición bilingüe de la carta, su facsímil y del estudio. Al tipo de estudiante de la historia latinoamericana que tiene que recurrir a documentos de primera mano por la profundidad de sus estudios, quizá habría que obligarlo también a leer el castellano.

Rodolfo PASTOR  
*El Colegio de México*

Miguel MATHES: *Santa Cruz de Tlatelolco: la primera biblioteca académica de las Américas*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1982. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Cuarta época, 12) 101 pp.

El Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, su prometedor comienzo y rápida decadencia, la polémica suscitada por los ataques de sus detractores, la personalidad de sus maestros y alumnos y su des-entrevimiento económico, son temas que han atraído a los historiadores y que todavía ofrecen interesante materia de estudio. La breve vida del colegio como centro de educación superior y su posterior mantenimiento como modesta escuela de primeras letras, se manifiesta como expresión inmediata de un cambio paralelo en la actitud de los frailes y de las autoridades civiles.

Fundado en 1536, ya en 1540 comenzó a declinar su suerte, con motivo de la decepción del obispo Zumárraga, que le retiró su

apoyo económico.<sup>1</sup> Las epidemias, que tan trágicamente afectaron a la población indígena, también cobraron sus víctimas en Tlatelolco y ocasionaron su abandono casi total en 1545; un año más tarde los propios franciscanos, iniciadores del proyecto y sustentadores de la obra, la abandonaron a su propia suerte.<sup>2</sup> Hacia 1550 ya se hablaba de la ruina del edificio y en 1585 todos los alumnos eran externos, ocupados en el aprendizaje de la lectura y escritura y, algunos de ellos, hasta el nivel de estudio de la gramática latina.<sup>3</sup> Cada vez más reducidas las perspectivas de alcanzar un alto nivel de preparación intelectual, al comenzar el siglo xvii habían desaparecido incluso las clases de gramática y la enseñanza se reducía a las primeras letras<sup>4</sup> sin que en los años posteriores recuperase su antigua categoría de estudios mayores.

El estudio elaborado por Miguel Mathes constituye una operación de gran interés para documentar uno de los aspectos de la vida intelectual de los religiosos y del acceso que a ella pudieron tener los colegiales indios de Santa Cruz.

Aunque aparece como apéndice, la parte esencial y más valiosa del libro es la selección de obras que formaron las bibliotecas del Colegio de Santa Cruz y del convento franciscano, en el barrio de Santiago de Tlatelolco.

<sup>1</sup> La razón de la decepción no fue la falta de confianza en la capacidad intelectual de los naturales —que sobradamente habían demostrado— sino, muy probablemente, la renuncia que manifestaban a abrazar el estado eclesiástico. Las fuentes relativas a esta cuestión han sido ampliamente estudiadas por J. B. OLAECHEA LABAYEN, "Opinión de los teólogos españoles sobre dar estudios mayores a los indios", *Anuario de Estudios Americanos*, tomo xv, Sevilla, 1958, pp. 130-200; José María KOBAYASHI, *La educación como conquista*, México, El Colegio de México, 1974, p. 336.

<sup>2</sup> En 1546 dejaron los frailes que los propios colegiales llevasen la dirección de la escuela. En el terreno económico recibieron la ayuda del virrey Luis de Velasco, el primero, hasta su muerte en 1564.

<sup>3</sup> Aunque el edificio se reparó, sólo se mantuvieron en servicio las aulas no los dormitorios. Sobre su rápida decadencia informan Gerónimo de MENDIETA, Pedro de OROZ y Francisco SUAREZ, *Descripción de la provincia franciscana del Santo Evangelio de México*, México, Imprenta Mexicana, 1947, pp. 98-99.

<sup>4</sup> Juan de TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, México, Porrúa, 1969, 3 vols. En el vol. ni, p. 115.

El autor consiguió la reconstrucción del catálogo mediante el estudio de referencias documentales y el conocimiento directo de los volúmenes conservados en la Biblia Suro de San Francisco, California. La identificación de los volúmenes por las marcas de las respectivas bibliotecas franciscanas se combina con su mención en fuentes del siglo xvi; para lo que resulta excepcionalmente valiosa la información aportada por García Icazbalceta de los catálogos del convento y colegio en 1572, 1574 y 1582. El resultado de la investigación es un trabajo excepcionalmente sólido y bien documentado.

El apéndice n, de "Libros que probablemente formaron parte de la biblioteca del Colegio Imperial de Santa Cruz", constituye tan sólo un complemento que el autor plantea como hipótesis —anticipa que "probablemente — y que, al menos parcialmente, puede aceptarse reconociendo el mencionado margen de probabilidad.

Los datos estadísticos del apéndice iii colaboran al intento de resaltar la importancia de la relación bibliográfica obtenida, al proporcionar un resumen de las fechas de impresión —entre 1485 y 1606—, los nombres de los poseedores de los volúmenes, que dejaron sus firmas en ellos —entre otros Zumárraga, Oroz, Gaona, etc.— imprentas, lugares de impresión y materias en que pueden agruparse los títulos.

En su conjunto el libro reúne los méritos de un riguroso examen bibliográfico y un interesante análisis histórico. No obstante, como parece inevitable —y probablemente deseable— en este tipo de investigaciones, su resultado no significa la última palabra sobre el tema, sino que, por el contrario, abre algunos interrogantes y plantea posibilidades de nuevos estudios e interpretaciones.

Los breves capítulos introductorios ofrecen panorama general de la educación de los indígenas de la Nueva España y de la evolución histórica y vicisitudes que atravesó el colegio de Tlatelolco durante el siglo xvi. Algunas de las consideraciones expresadas por el autor sugieren la conveniencia de un análisis más profundo o ponen de manifiesto la posibilidad de introducir nuevos puntos de vista y elementos diversos para obtener una comprensión más amplia y significativa de las circunstancias en que se desarrolló el colegio y en que se desarrolló la polémica sobre la educación indígena durante los años cruciales para el establecimiento y consolidación del sistema colonial.

El texto de Mathes, que cumple su finalidad orientadora, apunta algunas cuestiones de interés y sugiere hipótesis dignas de

tomarse en consideración; pero con un criterio riguroso cabe señalar que también da lugar a algunas impresiones, inexactitudes o contradicciones. Por ejemplo, afirma que fray Bernardino de Sahagún preparó su magna obra *Historia general de las cosas de la Nueva España* "en respuesta a una real cédula de 16 de agosto de 1572" y que la remitió a España en 1578, es decir, seis años después (p. 35). En realidad el franciscano había comenzado a recopilar materiales desde 1547 y había recibido mandato explícito de continuar con la redacción en 1558, lo cual significa unos treinta años de trabajo. Al referirse al desdichado cacique de Tezcoco don Carlos, lo define sin vacilaciones como ex-colegial de Tlatelolco, lo cual es cierto que alguna vez se mencionó, pero también que actualmente se considera muy poco probable.

Otra afirmación discutible es la de que en 1545 había 150 alumnos en el colegio (p. 24), cuando las fuentes más conocidas coinciden en el cálculo aproximado de setenta u ochenta como máximo. Cifras de 250 a 300 se mencionaron ya a comienzos del siglo xvii para los niños externos del barrio de Tlatelolco que acudían para aprender lectura y escritura. En cuanto al valioso *Libellus de medicinalibus indorum herbis*, de Juan Badiano y Martín de la Cruz, no debe considerarse como "un precedente para otros estudios..." (p. 26), sino como obra única y de excepción. La posibilidad de que los tres primeros frailes franciscanos iniciaron en Tezcoco "clases de ortografía y lectura" (p. 15) es bastante remota, mientras que el propio fray Pedro de Gante nos informa de que muy pronto comenzaron a enseñar la ley de Dios a los hijos de caciques y principales. Seguramente que también es un "lapsus calami" el fijar la apertura del "colegio" de San Francisco de México en el año 1523 (en la misma p. 15) cuando el convento de México se estableció tras la llegada de "los doce", en 1524. El autor se corrige a sí mismo cuando acertadamente menciona la inauguración del colegio de San José de los Naturales en 1527; una contradicción similar es la que asigna clases de latín, castellano, gramática y filosofía en el régimen normal del colegio (p. 15), para aclarar más adelante (p. 17) que hacia 1533 se extendió la enseñanza a la gramática (latina), lo cual era un paso previo para la filosofía, de la que no hay noticia de que se enseñase en San José de los Naturales.

Ya en el terreno puramente teórico sería interesante analizar hasta qué punto y en qué aspectos puede considerarse que "la censura, la restricción de la enseñanza —siguiendo las normas establecidas por el Concilio Tridentino (1545 y 1563) — y el estableci-

miento del Santo Oficio de la Inquisición en Nueva España...” (p. 28) expliquen la reducción de actividades en el colegio de Santa Cruz.

Sobre la influencia que las bibliotecas académicas tuvieron en la revolución intelectual de Europa en el siglo xvi cabría profundizar el estudio, ya que no puede desdeñarse la posición opuesta, o sea la que considera el retraso con que algunas universidades —la de México entre ellas— se ocuparon de proveer sus bibliotecas, mientras que la palabra del maestro y los apuntes tomados al dictado durante las clases siguieron siendo la columna vertebral de la enseñanza superior. En algunas ocasiones los libros sirvieron para perpetuar concepciones anticuadas; en otros casos, como en los textos “expurgados” de las imprentas jesuíticas, propiciaron el desarrollo de un tipo de cultura “colegial”, unificadora y universalista, pero escasamente favorable al libre ejercicio de la imaginación creadora.

Estas consideraciones nos llevarían a realizar un nuevo estudio de los libros del colegio catalogados por Miguel Mathes. Una mirada muy superficial nos informa de que se encontraban los textos fundamentales para el bachillerato de Artes o Filosofía: SÚMULAS, Lógica, Filosofía y Quodlibetos (o *Quaestiones quodlibetales*). También existían varias colecciones de sermones (que seguramente usarían los frailes y no los colegiales); una Biblia, textos de Derecho canónico (que nunca se estudió en Tlatelolco), comentarios al libro de las Sentencias de Pedro Lombardo, Geografía de Tolomeo y otras obras piadosas y filosóficas. Sin duda fue una biblioteca excepcionalmente bien provista para lo que se consideraba necesario en su época. Al mérito de su antigüedad ha de añadirse, pues, el de su calidad, conservación e identificación, así como el de haber recibido la cuidadosa atención de un bibliófilo que nos ha facilitado tan interesante material.

Pilar GONZALBO AIZPURU  
*El Colegio de México*

C. A. HUTCHINSON, *Valentín Gómez Farías, la vida de un republicano*. Guadalajara, UNEP, 1983. 402 pp.

Esta obra sobre nuestro popular y conocido “apóstol liberal” yacía olvidada desde 1948 en el inmenso cementerio de las tesis,